

## Un trujumán de la tradición: teología y mística en Jonathan Edwards

---

*Juan José Lanero*  
*Universidad de León*

A Gaspar Morocho, humanista y maestro

### I

Desde los tiempos de Nathaniel Hawthorne, a los lectores modernos les ha fascinado el enigma de la sexualidad de los puritanos americanos, pues encuentran difícil casar la psicología de la sexualidad humana con la doctrina regresiva y el complejo de culpabilidad de Calvino y sus discípulos. El enigma resulta más fascinante cuando nos referimos al último gran defensor del puritanismo en la Norteamérica del siglo XVIII: Jonathan Edwards.

“Personal Narrative” de Edwards ha sido, durante la mayor parte del siglo XX, una obra que no ha dejado de sorprender al lector. Uno de sus aspectos más llamativos, a diferencia del resto de su producción literaria, es su naturaleza personal. Desde siempre hemos considerado a Edwards como uno de los mejores pensadores filosóficos de las letras americanas. De acuerdo con esto, la mayor parte de su obra es una exploración abstracta de la doctrina puritano-calvinista por la que él emprendió una gran estrategia de retaguardia en el siglo XVIII. Su “Personal Narrative” es fascinante por la visión que nos da de la vida sumamente humana, emocional y espiritual de Edwards. La mayor batalla que libró fue su intento por establecer una duradera relación personal con la divinidad de la que, según su doctrina, la humanidad pecadora estaba muy alejada. La metáfora de la sexualidad humana se convirtió en un medio que Edwards empleó para establecer esta relación.

En primer lugar, es necesario repasar los hechos que rodearon al manuscrito. La casuística del escrito es que Edwards se refiere a su niñez, adolescencia y primeros años de su etapa de adulto en “Personal Narrative” desde la perspectiva de la madurez, convirtiendo su obra en un recuerdo de un período importante de su vida. Fue una obra póstuma, que dejó entre sus papeles. Se publicó siete años después de su muerte, en 1765. Según señala Perry E. Miller, Edwards escribió “Personal Narrative” desde la madurez y con el propósito de promover el denominado “Great Awakening”, si bien no puede tomarse como un registro completo y real de sus primeros años<sup>1</sup>. A pesar de su carácter menor en comparación con sus tratados más extensos de lógica y filosofía, siempre se ha considerado como una descripción importante del proceso que llevó a Edwards a abrazar la teología calvinista.

La crítica se ha ocupado de la naturaleza y clasificación de “Personal Narrative”. El propio subtítulo de Edwards, “An Account of His Conversion, Experiences, and Religious Exercises, Given by Himself”, justifica la clasificación de autobiografía espiritual. En este sentido, la obra se asemeja a numerosos relatos de puritanos norteamericanos que narran sus procesos de conversión<sup>2</sup>. No obstante, hasta la figura más reconocida de ese grupo, Edward Taylor, siguió un patrón, ofreciendo su relato a feligresías y otros auditorios como instrumento para demostrar su adhesión a la doctrina calvinista. Según Daniel B. Shea, Jr., en su estudio *Spiritual Autobiography in Early America*, la mayoría de los relatos de conversiones es un puro formalismo que no deja entrever el lado personal o emocional del escritor<sup>3</sup>. El mismo autor, en su artículo “The Art and Interaction of Jonathan Edwards’ Personal Narrative”, dice que la obra ofrece una autobiografía selecta diseñada para ayudar a los no conversos a alcanzar la salvación<sup>4</sup>. David L. Weddle ha analizado la misión pública de la narración de la conversión de Edwards, lo que le ha llevado a afirmar que éste reparó en la necesidad de compartir su conversión espiritual con la comunidad<sup>5</sup>. La obra de Edwards ofrece un apoyo emocional a los demás mediante el intenso relato personal de su propia lucha para lograr la conversión. Sin embargo, la honestidad del relato, sobre todo en lo que se refiere a sus fracasos, lo asemeja a la moderna literatura confesional.

---

<sup>1</sup> P. E. MILLER, *Jonathan Edwards*, New York, Dell, 1949, p. 39.

<sup>2</sup> Vid. O. E. WHISLOW, *Jonathan Edwards, 1703-1758: A Biography*, New York, Macmillan, 1940, p. 79.

<sup>3</sup> D. B. SHEA, Jr., *Spiritual Autobiography in Early America*, Princeton, Princeton University Press, 1968, pp. 90-94.

<sup>4</sup> D. B. SHEA, Jr., «The Art and Interaction of Jonathan Edwards’ Personal Narrative», *Critical Essays on Jonathan Edwards* (Ed. William J. Sheick), Boston, G.K. Hall, 1980, 265-75; p. 275.

<sup>5</sup> D. L. WEDDLE, «The Image of the Self in Jonathan Edwards: A Study of Autobiography and Theology», *Journal of the American Academy of Realism* 43 (1978), 70-83; p. 83.

Otro término que se ha utilizado en referencia a “Personal Narrative” es la mística. Dado el papel vital que la naturaleza desempeña en la obra, muchos críticos han proclamado que Edwards fue un precursor del movimiento trascendentalista que encarnó la siguiente generación de escritores de Nueva Inglaterra, con el sabio Emerson a la cabeza<sup>6</sup>. No obstante, la fascinación de los puritanos por la naturaleza se remonta, por ejemplo, a las “Contemplations” de Anne Bradstreet, lo que demuestra que la teología calvinista dedicó parte de su atención a encontrar señales de la presencia de Dios en el universo físico, llevando al escritor a visiones extáticas de su esplendor: “In fact, God ‘created the world for this very end, to communicate Himself in an image of this own excellency’”<sup>7</sup>.

Al analizar los elementos sexuales de “Personal Narrative” de Edwards, el lector halla mayor afinidad con los místicos católicos que con los trascendentalistas. James H. Leuba enumera cinco motivaciones en los místicos: autoafirmación/autoestima; necesidad de apreciar/entregarse a los demás; apoyo afectivo/moral; paz/unidad; y satisfacción sexual y de las necesidades orgánicas<sup>8</sup>. Todas estas motivaciones parecen estar presentes en Edwards cuando narra su experiencia en “Personal Narrative”. Resulta interesante comprobar cómo, después de un cierto número de años, la mayoría de los místicos suelen haber satisfecho estas necesidades, lo que les hace cambiar de rumbo: de la búsqueda de la autocomplacencia a la generosidad, dedicando el resto de sus vidas al servicio de la humanidad<sup>9</sup>. En este sentido, Edwards se ajusta a esa estructura en su ministerio activo más allá del marco temporal que circunscribe “Personal Narrative”. Los especialistas también han encontrado afinidades entre Edwards y algunos intelectuales católicos, como Santo Tomás de Aquino y Pietro Lombardo<sup>10</sup>. La sublimación que Edwards hace de su naturaleza sexual se asemeja a las visiones extáticas de Santa Teresa de Jesús y otros místicos que encontraron su satisfacción sexual en una unión mística con Dios<sup>11</sup>. Los momentos de éxtasis descritos en “Personal Narrative”, semejantes a las experiencias sublimes de aquellos místicos, los ha estudiado la psicología moderna, considerándolos una forma de plenitud sexual. Sin embargo, y también como los místicos, Edwards

---

<sup>6</sup> W. RILEY, *American Thought: From Puritanism to Pragmatism and Beyond*, Gloucester, Peter Smith, 1959, pp. 28-29.

<sup>7</sup> D. J. ELWOOD, *The Philosophical Theology of Jonathan Edwards*, New York, Columbia University Press, 1960, p. 101.

<sup>8</sup> J. H. LEUBA, *The Psychology of Religious Mysticism*, New York, Harcourt, 1925, pp. 116-17.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 187.

<sup>10</sup> A. MORIMOTO, *Jonathan Edwards and the Catholic Vision of Salvation*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1995, p. 8.

<sup>11</sup> J. H. LEUBA, *op. cit.*, pp. 49-51.

experimenta una sensación depresiva cuando regresa a su estado humano ordinario.

Otra obra que nos revela la sexualidad de Edwards es “Sarah Pierrepont”, escrita en 1723. Una vez más, el calvinista joven y devoto revela indirectamente su tendencia sexual en un párrafo que se inspira en la que más tarde sería su mujer. Aunque se centra en la santidad y en la devoción a Dios de ésta, el lenguaje que elige para describirla indica su ansia sexual subconsciente: “There she is to dwell with him, and to be *ravished with his love and delighted forever*”<sup>12</sup>. A pesar de que el lenguaje del amor sexual no es ajeno a los autores puritanos, la elección de las palabras es ciertamente reveladora.

En efecto. Con frecuencia el lenguaje que Edwards utiliza para describir su esfuerzo para amar a Dios y a su plan divino transpira como un subtexto por “Personal Narrative”. Para el lector del siglo XXI, que conoce la psicología, “Personal Narrative” constituye una descripción de una aventura amorosa con la divinidad. De hecho, esta estructura intelectual se convierte en un afán de justificar y legitimar la naturaleza sexual de Edwards.

Otro aspecto que hay que considerar en “Personal Narrative” es la repugnancia que en Edwards produce su propia naturaleza física y sexual. En “Narrative of Many Surprising Conversions”, Edwards expresa su aversión, típicamente puritana, a lo físico. En esta obra prohibió abrazar a sus amigos cristianos por temor a que semejante acto pudiera convertir el amor cristiano en lujuria salvaje y sucia<sup>13</sup>. Por lo tanto, para el subconsciente de Edwards es necesario hallar una estructura lógica o una justificación espiritual para su propia apetencia sexual, que procuró encontrar en la doctrina calvinista. La razón humana para los calvinistas, aunque imperfecta según Calvino, era el medio más importante para interpretar la voluntad de Dios. “Personal Narrative” recoge el proceso emocional por el que pasó Edwards para reconciliarse con la doctrina calvinista que dominaba el pensamiento puritano, aunque desde su subconsciente también buscaba reconciliarse con su propia sexualidad.

Al abordar sus profundas emociones personales sobre el tema, Edwards trata de utilizar la razón para describir un proceso emocional desde una perspectiva lógica. Si bien, como señala Terrence Erdt, Edwards se dejó llevar más por el corazón que por la razón<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> J. EDWARDS, *Jonathan Edwards: Representative Selections, with Introduction, Bibliography, and Notes* (Ed. CLARENCE H. FAUST AND THOMAS H. JOHNSON), New York, Hill and Wang, 1935, p. 56.

<sup>13</sup> J. H. LEUBA, *op. cit.*, p. 149.

<sup>14</sup> T. ERDT, «The Calvinist Psychology of the Heart», *Early American Literature* 13 (1978), 165-80; p. 178.

De hecho, el propio Edwards, en “A Divine and Supernatural Light”, identifica al sentimiento del corazón como la capacidad más fuerte de la mente humana, en oposición al entendimiento racional (*speculative notional*)<sup>15</sup>. Al lector contemporáneo le resulta más interesante la vertiente emocional que la lógica. Al fin y al cabo, un profundo acto de fe es el que conduce a Edwards a su relación personal con Dios. En un análisis del lenguaje que Edwards escoge para describir su aceptación de la visión calvinista de la divinidad, podremos identificar los aspectos sexuales subconscientes de “Personal Narrative”.

## II

De acuerdo con la propia descripción de Edwards, su aceptación de la doctrina calvinista sobre la divinidad pasó por una serie de fases que se corresponden con el desarrollo de una relación amorosa. Al comienzo de “Personal Narrative” Edwards procura distinguir su pasión de niñez por la religión de la verdadera espiritualidad. Después de varios intentos fallidos, abruptamente interrumpidos por enfermedades mortales, recurre a su interés por el desarrollo espiritual: “I made seeking my salvation the main business of my life”. Cuando recuerda sus años de infancia cuenta que, durante algún tiempo, el principio calvinista de la soberanía absoluta le resultaba repugnante —“a horrible doctrine”<sup>16</sup>. Es interesante comprobar que este cambio de actitud pasa de la consideración obsesiva de la doctrina de la soberanía absoluta a la reacción emocional y no racional.

El cambio de actitud se deriva de su confianza en la personalidad de Dios. Esta transferencia desde la razón —que resaltaría la injusticia de la predestinación y de la arbitrariedad de tal doctrina—, a la imagen de un Dios conocedor de todo, llevó a Edwards a un sentimiento de dulce placer interior. Edwards, en “A Divine and Supernatural Light”, describe esta aceptación, esta luz interior, como “...a true sense of the divine excellency of the things revealed in the word of God, and a conviction of the truth and reality of them thence arising”<sup>17</sup>. En la aceptación de esta verdad Edwards debe mucho a la importancia que John Locke concede a la idea pura<sup>18</sup>. El elemento místico surge cuando describe lo que siente por Dios: “I thought within myself, how excellent a Being that was, and how happy I should be, if I might enjoy that God, and *be rapt up to him in heaven, and be as it were swallowed up in Him forever*”<sup>19</sup>.

Una revisión pormenorizada de los párrafos que recogen este cambio de actitud no nos revela ningún proceso lógico para llegar a este sentimiento. Al

---

<sup>15</sup> J. EDWARDS, *op. cit.*, pp. 106-7.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>18</sup> D. J. ELWOOD, *op. cit.*, pp. 128-9.

<sup>19</sup> J. EDWARDS, *op. cit.*, p. 59. La itálica es nuestra.

contrario: Edwards ha reflexionado tanto sobre el tema que ha alcanzado una relación emocional que se asemeja al capricho. No hay que olvidar que el capricho es la primera fase en el desarrollo de madurez sexual.

Sin embargo, el término capricho no es el más apropiado para referirse a una mente tan compleja como la de Edwards, aún para aludir a su mentalidad de adolescente precoz. Al contrario: es más exacto denominar al proceso un acto de fe. El lenguaje que utiliza de forma subconsciente revela su ansia humana de satisfacción sexual. Las expresiones *rapt up to Him* y *swallowed up in Him* indican un vivo deseo de satisfacción. La paradoja de la mística es que el mejor sistema para lograr la satisfacción pura es el éxtasis físico y sexual; observación que se confirma en la descripción que G.F. Nuttall hace de la mística puritana: "... [Its] sense of being carried out beyond the things of time and space into unity with the infinite and eternal, in which the soul is filled with a deep consciousness of love and peace, a unity so intimate as to make erotic terms the most natural on which to draw"<sup>20</sup>.

El siguiente paso de la relación de Edwards con Dios se produce cuando acusa un nuevo interés por la persona de Jesucristo, estimulada por su lectura del *Cantar de los Cantares*<sup>21</sup>. Cuando se centra en la segunda persona de la divinidad, Dios Hijo, su pasión es física: "a sweet burning in my heart; an ardour of soul, that I know not how to express". Edwards empieza a encontrar sentido a la divinidad en el mundo físico de la naturaleza, "a calm, sweet cast, or appearance of divine glory, in almost every thing". Menciona de forma especial al sol, la luna, las estrellas, el agua y las tormentas. No obstante, su pasión le conduce a dar un paso más hacia "[a] vehement longings of soul after God and Christ"<sup>22</sup>.

El lenguaje que utiliza en esta parte de "Personal Narrative" es revelador desde una perspectiva psicológica, de modo especial en una de sus afirmaciones: "I was almost constantly in ejaculatory prayer"<sup>23</sup>. La relación entre su desasosiego y la mística está clara, como también lo está la conexión entre la palabra *ejaculatory* y la experiencia sexual. No obstante, el desarrollo de un amor espiritual no es fácil. James H. Leuba, en su estudio *The Psychology of Religious Mysticism*, indica que una relación de esa naturaleza es un proceso tortuoso azotado por períodos de sequía<sup>24</sup>. Su estancia en Nueva York, cuando tenía diecinueve o

---

<sup>20</sup> *Cit.* en D. J. ELWOOD, *op. cit.*, p. 143.

<sup>21</sup> Recordemos que el Antiguo Testamento se compone de treinta y nueve libros. A los denominados poéticos o sapienciales pertenecen cinco: *Job*, *Salmos*, *Proverbios*, *Eclesiastés* y *Cantar de los Cantares*. Este último, de autor desconocido, trata del romance de una pareja. Es un poema religioso que se ha tomado como símbolo alegórico de Cristo y su iglesia.

<sup>22</sup> J. EDWARDS, *op. cit.*, p. 60.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>24</sup> J. H. LEUBA, *op. cit.*, p. 112.

veinte años, está recogida en la obra como una búsqueda continua de una religión espiritual sólo interrumpida por una enfermedad grave. Una vez más, la descripción de sus períodos de sequía, siguiendo la terminología mística, es reveladora: se refiere a su “extreme feebleness and *impotence*”<sup>25</sup>.

A semejanza de la primera fase de aceptación de Dios Padre como soberano, la plenitud de la segunda –la relación con el Hijo–, se fundamenta en una larga meditación seguida del éxito final. Aquí Edwards asume una relación pasiva, incluso femenina con la divinidad, cosa común entre los evangélicos puritanos<sup>26</sup>, según se demuestra en el siguiente párrafo:

The soul of a true Christian, as I then wrote my meditations, appeared like such a little flower as we see in the spring of the year; low and humble on the ground, *opening its bosom* to receive the pleasant beams of the sun’s glory; rejoicing as it were *in a calm rapture*; diffusing around a sweet fragranc; standing peacefully and lovingly, in the midst of other flowers round about; all in like manner *opening their bosoms*, to drink in the light of the sun<sup>27</sup>.

El lenguaje revelador, desde el punto de vista psicológico, de este pasaje se parece a una descripción de una aventura amorosa física. El sol, que representa la naturaleza de Dios, se nos muestra como el destinatario femenino y sumiso del amor. Las dos referencias a *opening its bosom* resuenan con cierta sexualidad, como lo hace la expresión *calm rapture*. La asunción de un papel femenino tiene un precedente en los pasajes bíblicos en los que se nos presenta a Cristo como novio/esposo y a la iglesia como novia/esposa: “Husbands, love your wives, just as Christ also loved the church and gave Himself for it” (*Efesios*, 5: 25).

Después de la etapa de Nueva York, Edwards continuó disfrutando de su relación amorosa con la divinidad a su regreso a Connecticut y, finalmente, cuando se estableció en Northampton, Massachusetts, en 1726, a la edad de veintitrés años. En ese momento encontró placer en las escrituras. Lo que deseaba era “to be united to Christ; to have Him for my Head, and to be a member of His Body”. Una vez más la fusión espiritual ha de describirse en condiciones físicas: como en el éxtasis sexual, dos cuerpos se unen. Los términos que describen los sentimientos de Edwards son de naturaleza sexual –“longings, and pantings of the soul”<sup>28</sup>.

---

<sup>25</sup> J. EDWARDS, *op. cit.*, p. 62. La itálica es nuestra.

<sup>26</sup> P. GREVEN, *The Protestant Temperament: Patterns of Child-Rearing, Religious Experience, and the Self in Early America*, New York, Knopf, 1977, pp. 124-5.

<sup>27</sup> J. EDWARDS, *op. cit.*, p. 63. La itálica es nuestra.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 67.

Edwards, continuando con la descripción de esta etapa, nos cuenta que “only mentioning a single word caused my heart to burn within me”<sup>29</sup>. Además, su sensación de la “excellent fulness of Christ” le lleva a “ardency of spirit; and inward strugglings and breathings and groanings that cannot be uttered, *to be emptied of myself*”<sup>30</sup>. Las palabras que Edwards ha elegido en esta ocasión son muy similares a la descripción del acto físico del orgasmo. Resulta interesante observar la adecuación del concepto del Renacimiento, que encontramos en la poesía erótica de Donne, referente al uso del término morir para denotar un orgasmo. Esta pérdida completa de consciencia, de personalidad, en la fusión con otro espíritu o alma, proyecta con acierto los deseos de Edwards.

La fase final de su relación amorosa con la divinidad se produce cuando Edwards intenta lograr una relación con el Espíritu Santo, la vertiente más espiritual de la naturaleza tripartita de Dios. Este esfuerzo es el más problemático, quizá debido a la enigmática calidad espiritual de la tercera persona de la trinidad. El intento de Edwards por lograr una relación con el Espíritu Santo no se culmina hasta su madurez, con treinta y cuatro años. En las dos primeras etapas de la relación Edwards conserva la misma identidad pasiva y sumisa. Sin embargo, con el fin de fusionarse con el aspecto más santo y espiritual de la divinidad de Dios, siente la necesidad de anular su yo: “I have greatly longed of late, for a broken heart, and to lie low before God [...] ... to be ‘humble to the dust[.]’ ... ‘to lie infinitely low before God’”<sup>31</sup>.

En su búsqueda de la inmersión en el espíritu santo, Edwards encuentra consuelo en “a greater sense of my universal exceeding dependance [*sic*] on God’s grace and strength” y en “an abhorrence of my own righteousness”<sup>32</sup>. Para conseguir esta autodestrucción, casi desaparece como entidad física, al tiempo que considera cualquier identidad humana intolerable y el signo más pequeño de orgullo insufrible. No hay ninguna satisfacción en la relación a no ser que todo el ego humano desaparezca. Así pues, en cualquier sentido coherente, la perfecta relación con Dios no puede ser de naturaleza física y, por lo tanto, la metáfora sexual fracasa. Acorde con la inquietud que Edwards expresa al final de “Personal Narrative” está su preocupación por la búsqueda de la santidad centrada en Dios y que fundamenta, por completo, en una relación personal con la divinidad<sup>33</sup>.

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 68-9. La itálica es nuestra.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 70-1.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>33</sup> D. LEVERENZ, *The Language of Puritan Feeling*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1980, pp. 266-7.

El concepto de Cristo como novio y del alma como novia, que se nos presenta en los *Cánticos* bíblicos<sup>34</sup>, parece proporcionar cierto consuelo; pero incluso a este nivel del desarrollo de la relación, Edwards, como buen calvinista, se da cuenta de que Satanás todavía continúa en su empeño de conseguir su alma: “And yet I am greatly afflicted with a proud and self-righteous spirit, much more sensibly than I used to be formerly. I see that serpent rising and putting forth its head continually, everywhere, all around me”<sup>35</sup>.

Una vez más sus sentimientos se muestran de forma subconsciente bajo la imagen de una serpiente, el ego de inspiración diabólica que le impide fundirse con Dios. En esencia: Satanás se ha convertido en un amante rival que pretende suplantar a Dios, en una relación adúltera, con el alma de Edwards. La culpabilidad que sufre por esa infidelidad es inmensa. Desesperado, “[he] break[s] forth into a kind of loud weeping”, una reminiscencia de sus primeras sesiones de “ejaculatory prayer”. En esta etapa final de sumisión total, pierde su identidad a la vez que se da cuenta de su importancia para resistirse al pecado y de su dependencia total de Dios.

### III

Al término de “Personal Narrative” los comentarios de Edwards nos sugieren que, a pesar de que la sexualidad humana es el símil más adecuado para definir la relación que intenta tener con la divinidad, la metáfora resulta ser insatisfactoria. La experiencia sexual humana es temporal y conlleva un deseo que sólo puede satisfacerse de forma momentánea, que volverá a producirse y que en la vida terrenal lleva a la tentación y al pecado. En otro contexto, en concreto en el capítulo IV del Evangelio de San Juan, esta situación se asemeja a la de la mujer samaritana del pozo de Jacob, a la que Jesús le promete agua que sacie su sed para siempre: “... whosoever drinketh of the water I shall give him shall never thirst; but the water that I shall give him shall be in him a well of water springing up into everlasting life. The woman said unto him Sir, give me this water, that I thirst’ not, neither come hither to draw” (Juan, 4: 14-15).

Edwards es incapaz de encontrar metáforas extraídas de la experiencia humana que puedan articular la relación que él busca con Dios.

Así pues, Edwards en “Personal Narrative” no encuentra sitio en la experiencia humana para la relación individual que intenta establecer con la divinidad. A pesar de que la sexualidad física le brinda una salida emocional temporal para su deseo de fundirse con la divinidad, no puede aceptar la corrupción de la

---

<sup>34</sup> Existen *Cánticos* del Antiguo Testamento, de los Textos Apócrifos y del Nuevo Testamento. De este último grupo destaca, por su popularidad, el *Magnificat anima mea*.

<sup>35</sup> J. EDWARDS, *op. cit.*, p. 71.

sexualidad humana como vehículo para esa fusión. En este sentido, se parece al retrato que hace Hawthorne de Arthur Dimmesdale, un ser atormentado por su sexualidad y que, debido a que está obsesionado por el sentimiento de culpabilidad, rechaza la invitación de Hester para disfrutar el placer de una relación sexual permanente en un lugar nuevo y con una identidad nueva. David Leverenz defiende la teoría de que John Cotton, con su equívoca relación con Anne Hutchinson, pudo servir de modelo de Arthur Dimmesdale en *The Scarlet Letter*<sup>36</sup>. Aunque Cotton, desde el punto de vista histórico, pudo servir para este propósito, Edwards parece ser tan pesimista sobre la sexualidad humana, al final de “Personal Narrative”, como Dimmesdale, que no sólo es incapaz física y emocionalmente de acompañar a Hester y a Pearl en su fuga de Nueva York, sino que también se siente culpable por el mero hecho de considerar la posibilidad de unirse a Hester para el resto de sus días. Este sentimiento de desesperación por su fracaso como hombre, que se nos presenta al final de “Personal Narrative”, está a punto de hacerle perder toda esperanza.

Como Dimmesdale, Edwards rechaza la sexualidad, pues prefiere no tener identidad física y, consecuentemente, no sentirse culpable por sus impulsos sexuales. Su conclusión final es que sólo apartándose de la tentación física, puede lograrse el ideal de santidad que le permitirá unirse a Dios. Para Edwards la metáfora sexual basada en una actividad terrenal corrompida por el pecado no puede unificar humanidad y divinidad.

No obstante, la teología de Edwards deja abierto un camino a la esperanza. Si rastreamos el desarrollo posterior de la espiritualidad en sus escritos y ministerio público, sobrepasamos el marco temporal definido en “Personal Narrative”. Una vez transcurridos los años turbulentos de su búsqueda inicial de una relación con Dios, que comprende los treinta y cuatro primeros de su existencia, Edwards alcanza una madurez espiritual profunda semejante al ἀγάπη, un amor que no es físico. De ese modo, su relación con Dios había seguido “... a purposive progression from one degree of divine communication to another, each time with more participation in God’s own nature. Salvation for Edwards [meant that Christians became] “partakers of the divine nature” in increasing degrees”<sup>37</sup>.

La manifestación de esta relación progresiva se sustancia en su devoción por un ministerio basado en la salvación durante el *Great Awakening*, y en escritos que se centran, de forma progresiva, en el próximo milenio.

Al igual que muchos místicos católicos<sup>38</sup>, Edwards llegó a la conclusión, como señala James L. Leuba<sup>39</sup>, de que su lucha por unirse con la divinidad

---

<sup>36</sup> D. LEVERENZ, *op. cit.*, p. 175.

<sup>37</sup> A. MORIMOTO, *op. cit.*, p. 158.

<sup>38</sup> M. MENÉNDEZ PELAYO, *La mística española*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1956.

había sido un proceso de purificación que, a lo largo del tiempo, había pasado de la concentración en sí mismo a la generosidad (que anhelaba alcanzar, según expone al final de “Personal Narrative”). Esta transformación tomó cuerpo en sus aplicaciones prácticas al servicio de la humanidad. De hecho, los seguidores de Edwards, que continuaron con su obra de salvación durante el segundo *Great Awakening*, solían vincularlo más con la piedad personal que con la mística<sup>40</sup>. Esta acreditación para la santidad estaba justificada por la importancia que concedía al amor, al que consideraba la primera cualidad de Dios: “The first and essential attribute –the impetus in God’s self-generation and [H]is generation of the world– is love and its diffusion, being and its communication”<sup>41</sup>.

Cuando el amor pueda hacerse extensivo a toda la humanidad, sólo entonces, se podrá coronar la obra del reino y el logro supremo del milenio. Por lo tanto, la metáfora sexual a este nivel, que era útil para acercar el alma individual a la divinidad, ya no es válida. Edwards halló un amor más puro, que traspasa la metáfora sexual, imitando el ejemplo de Cristo en ser generoso, puro y amante de los demás. Siguiendo la trayectoria de Cristo, Edwards encontró al fin una relación amorosa plenamente satisfactoria con la divinidad. Quizá George Santayana estuviese en lo cierto cuando escribió *Winds of Doctrine* (1913) y, entre otras cosas, dijo: “The mystic can live happy in the droning consciousness of his own hearbeats and those of the universe”.

---

<sup>39</sup> J. L. Leuba, *op. cit.*, p. 189.

<sup>40</sup> J. CONFORTI, «The Invention of the Great Awakening, 1795-1842», *Early American Literature* 26 (1991), 99-118; p. 109.

<sup>41</sup> J. KNIGHT, *Orthodoxies in Massachusetts: Rereading American Puritanism*, Cambridge, Harvard University Press, 1994, p. 201.

